La visión de Magdalena

Guillermo Fadanelli

Universidad de Colima

EL RAPIDÍN

Pa' leerse como de rayo

La visión de Magdalena

Universidad de Colima
Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector
Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General
Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social
Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

La visión de Magdalena

Guillermo Fadanelli

Texto extraído de la página virtual actores sociales.
Guillermo Fadanelli ganó el premio narrativa Colima
en el año 2002 por la obra *Lodo*

UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2024
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México, CP 28040
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
http://www.ucol.mx

5E.1.1/317000/085/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2024.0033.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley
Editado en México / *Edited in Mexico*

Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Edición impresa: agosto de 2009

Edición electrónica: agosto de 2024

Registro: OT-012-24

La noche del dieciocho de septiembre de 1985 estuve intentando bajarle los calzones a Magdalena Godínez. ¿Por qué razón estaba yo haciendo algo semejante? Porque ninguna persona bien nacida, en su sano juicio y en la situación en la que yo me encontraba podría haber hecho otra cosa. Magdalena se resistía, pero no debido a que considerara una afrenta desprenderse de su ropa íntima, sino porque, afirmaba, se había apoderado de ella un mal presentimiento. ¿Qué clase de presentimiento puede hacer que una mujer así de entera se comporte como una colegiala? No lo sé, ni tampoco lo comprendo, pues en mi caso ningún augurio me habría impedido inmiscuirme entre las piernas de una mujer tan bella. Ni siquiera el saber que sería contagiado por una enfermedad africana que me habría hecho dar un paso atrás en mis intenciones. No se me escapa que esta afirmación puede parecer absurda, pero me conozco y no está

en mi ánimo tomar precauciones cuando mi cuerpo ha decidido lanzarse de bruces a una aventura: prefiero perderlo todo en una sola batalla.

Mientras intentaba convencer a Magdalena de que estaba cometiendo una insensatez, mi mente se hacía a un lado para detenerse en la posibilidad de que una vez terminada nuestra faena nos sucediera una desgracia. Las mujeres saben más del futuro que del pasado y podrían predecir el fin del mundo con mayor exactitud que un congreso científico. Basta que cierren las piernas y todo se va al carajo.

La conocí en Acapulco un mes antes de la noche fatídica del dieciocho de septiembre cuando se negó a entregarme sus pantaletas. No había nadie más en la alberca del condominio Galeón: sólo Magdalena, propietaria del departamento doscientos uno, y yo. ¿Qué hacía yo en ese condominio con vista al mar? Nada distinto a lo que hacía el resto de mis vecinos: olvidarse por unos días del gran monumento a la estupidez que un eufemismo se obstina en llamar ciudad de México. Magdalena tenía dinero, un convertible y un departamento de lujo en Acapulco. Yo

era pobre, pero acudía a mi amigo Mauricio Calderón, que al igual que Magdalena tenía dinero, un convertible y un departamento de lujo en Acapulco.

—Creo que tenemos hábitos similares— le dije—. Ella secaba su cuerpo a un costado de la alberca.

—No verás a nadie hasta después de las diez; su colesterol no se los permite— respondió sin mirarme—. Áspera.

—Espero que jamás nos enamoremos.

¿Por qué dije esto?, no lo sé, acaso impulsado por la visión de su hermoso cuerpo dorado. Estaba próxima a los cuarenta, pero su dinero, su convertible y su departamento de lujo en Acapulco le restaban una década por lo menos.

—No te preocupes, estoy sola, no enferma. ¿Quién eres tú? — me preguntó—.

La respuesta, lo que siguió a la respuesta y las dos noches siguientes las conservo todavía en la memoria donde espero que- den guardadas para siempre.

Un mes después de nuestro primer encuentro, Magdalena me llamó para citarme

en su departamento de la calle Tabasco, en la colonia Roma. Lo primero que hizo fue preguntarme si la recordaba: coquetería innecesaria, pues estaba segura de que no la había olvidado y de que había estado pensando en ella todos los días.

—No sólo te recuerdo, te extraño—dije—, limitando mis emociones a una frase convencional.

—¿Y entonces por qué no me has llamado, maldito hijo de puta?

—Temía molestarte.

—Por supuesto que me habría molestado, ¿podemos vernos esta noche?—no sé por qué razón pensé que me estaba citando en Acapulco. Aún así acepté.

A las nueve de la noche del miércoles dieciocho de septiembre de 1985 estaba yo frente a la puerta del departamento de Magdalena en la calle Tabasco (su depar- tamento era en realidad una hermosa casa de piedra que había sido dividida en dos). A las diez habíamos terminado la primera botella de vino; a las once las botellas vacías sumaban dos; a las once y media estaba yo encima de ella intentando

quitarle las pantaletas. Fue cuando comenzó a hablar del presentimiento.

Magdalena no era una mujer que se entregara a las supercherías y carecía de escrúpulos cuando el asunto era darse placer. ¿Entonces? Lo mismo me preguntaba yo.

—Va a suceder algo terrible, lo siento aquí —y se tocaba con un dedo el vientre desnudo.

—No, mi amor, estoy aquí para protegerte.

—Qué pendejo eres; estoy hablando en serio.

Decidí esperar. Y no miento al decir que me sentía un miserable, un jorobado, un ser al que una mujer decide despreciar sólo porque de repente tiene un jodido presentimiento. Fue en ese momento que abrimos la tercera botella de vino.

A las tres de la mañana, Magdalena te- nía aún las pantaletas puestas, y además estaba más borracha que un cura. Al vino había seguido el whisky, así que yo tam- bién me encontraba fuera de combate. Pese a nuestro estado crítico, continuamos conversando. Quien haya conversado con una mujer que sólo viste blusa y pantaletas sabrá que no

existe placer más sofisticado. Quien no lo haya hecho puede seguir bregando.

—Tenías razón, Magdalena, ha suce- dido una desgracia — dije, pero mis pala- bras no causaron en ella una reacción inesperada.

—Siempre tengo razón; de hecho fui educada para tener razón, ¿o tú qué crees?

—Si quiero una erección tendré que esperar hasta mañana. Tú misma has pro- vocado la catástrofe — dije—. No sé si arrepentida, Magdalena me abrazó y puso sus labios sobre mi pecho:

—Perdóname, hombre, y sírveme otra copa.

En la recámara no existían rastros de matrimonio, o presencias infantiles. ¿A qué se dedicaba esta mujer? La recámara, tan amplia como mi casa entera, tenía encima la mano de varios sirvientes esmerados y fieles. No había en ese departamento huellas de una vida en comunidad: ¿una viuda que ha encontrado en su repentina libertad un placer nunca imaginado? Me pregunté si Magdalena no sería una vendedora de arte, pero no pude responderme porque me quedé dormido y desperté a las nueve de la mañana cuando la

ciudad se había venido abajo.

—La casa se ha puesto en huelga— dijo Magdalena—. ¿Qué carajos hiciste?

—Nada, estoy levantándome.

—Tampoco puedo hacer llamadas— Magdalena seguía ebria y caminaba ansiosa de un lado a otro de la recámara.

—Tomando en cuenta tu comportamiento de anoche, creo merecer que te quedes conmigo esta mañana.

—Lo que necesitamos es un buen desayuno, conozco un lugar a dos cuadras de aquí.

Dos cuadras fueron suficientes para darnos cuenta de que, mientras dormía- mos, la ciudad había intentado matarse. Mudos, permanecimos de pie frente a los escombros de un edificio. Allí, desesperado, un hombre arrancaba piedras de lo que había sido su casa. Pedía ayuda, pero cada quien estaba concentrado en su pro- pia desgracia: el polvo dando vueltas en el aire, el silencio de camposanto, las mi- radas incrédulas, la voz de un radio de baterías haciendo el recuento de los daños, eran las notas centrales de una sinfonía

fúnebre. Tomé de la mano a Magdalena para volver a su casa. Entramos a ciegas, como quien desea volver a un hermoso sueño que recién ha abandonado. Serví licor en dos vasos y bebimos en silencio hasta que Magdalena volvió a quedarse dormida.

Bibliografía del autor

Cuentos

Cuentos mejicanos - 1991

El día que la vea la voy a matar - 1992

Terlenka (doce relatos para después del Apocalipsis) - 1995

Barracuda - 1997

Regimiento Lolita - 1998

Más alemán que Hitler - 2001

Compraré un rifle - 2003

Novela

No te enojes, Pamela - 1995

La otra cara de Rock Hudson - 1997

Para ella todo suena a Franck Pourcel - 1999

¿Te veré en el desayuno? - 1999

Clarisa ya tiene un muerto - 2000

Lodo - 2002

Educar a los topos - 2006

Malacara - 2007

Ensayo

Plegarias de un inquilino - 2005

En busca de un lugar habitable - 2006

La polémica de los pájaros - 2007

Elogio de la vagancia - 2008

Aforismos

Dios siempre se equivoca - 2004

La visión de Magdalena, de Guillermo Fadanelli, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std de 12 puntos para el cuerpo del texto y de 24 puntos para títulos. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. La edición estuvo al cuidado de Alberto Llanes, Guillermina Cuevas e Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Lizeth Maricruz Vázquez Viera.

El protagonista narra aquello que ocurrió la noche del dieciocho de septiembre de 1985, cuando Magdalena Godínez se convirtió en una tentación más allá de lo que estaba dispuesto a soportar. Esperaba no enamorarse, esperaba llegar a algo más con ella... pero a veces no obtenemos lo que queremos.

UNIVERSIDAD DE COLIMA